

casas, ni los fugitivos partían con las manos vacías.

Los invasores, que vigilaban el odio de la capital con la suspicacia medrosa del que ha padecido sus terribles efectos, no permitían, siendo tan grande su número y fuerza, que se manifestara lo que los madrileños pensaban y sentían; pero aun así, cuántos cantares, cuántas jácaras, romances y décimas brotaron de improviso de la vena popular, ya amenazando con rencor, ya zahiriendo con picantes chistes á los que nadie conocía sino por el injurioso nombre de *la canalla!*

En el fondo de aquella grande agitación, y entre tantos recelos, había un secreto júbilo, pues como un día y otro llegaban noticias de nuevos levantamientos, todos consideraban á los franceses como puestos en el vergonzoso trance de retirarse. Aquel júbilo, aquella confianza, aquella fe ciega en la superioridad de las heterogéneas y discordes fuerzas populares, aquel esperar siempre, aquel no creer en la derrota, aquel *no importa* con que curaban el descalabro, fueron causa de la definitiva victoria en tan larga guerra, y bien puede decirse que la estrategia, la fuerza y la táctica, que son cosas humanas, no pueden ni podrán nunca nada contra el entusiasmo, que es divino.

Como era natural, las noticias del levantamiento se exageraban locamente, y el delirio popular veía miles de hombres donde no había sino centenares. Cuando las noticias veían de Bayona, eran objeto de sistemático

desprecio, y las disposiciones del palacio de Marrás, así como la convocatoria de irrisorias Cortes en la ciudad del Adour, y el pleito homenaje por algunos grandes tributado á Bonaparte, daban pábulo á sátiras sangrientas. Cuando alguno decía que vendría de Rey á Madrid el hermano de Napoleón, daba pie para las más ingeniosas improvisaciones del género epigramático.

Todas las tertulias, que entonces eran muchas, pues la sociedad no se desparramaba aún por los cafés, eran, digámoslo así, verdaderos clubs donde latía sorda y terrible la conspiración nacional. Se conspiraba con el deseo, con las noticias, con las sospechas, con las hipérboles, con las sátiras, con verdades y mentiras, con el llanto tributado á los muertos y las oraciones por el triunfo de los vivos.

V

Tal era Madrid á fines de Mayo de 1808, antes de que sonaran los primeros cañonazos de Cabezón y los primeros tiros del Bruch. Dicho esto, se me permitirá que hable un poco de mi persona, pues atendiendo á que la desgracia halla siempre eco en toda persona discreta y sensible, creo que no soy saco de paja á los ojos de mis lectores, y que algún interés les inspiran los penosos trances de mi borras-

cosa existencia. Necesito, además, explicar por qué causas emprendí mi viaje á Andalucía entre Mayo y Junio; y si de buenas á primeras me presentara camino de Despeñaperros en compañía del desconocido Santorcaz, ustedes no acertarían á explicarse ni los móviles de jornada tan peligrosa, ni mi repentino acomodamiento con aquel hombre singular.

Es, pues, el caso que, no satisfecho con las noticias que acerca de Inés me dió Juan de Dios, traté de averiguar la verdad y tuve la feliz ocurrencia, mejor dicho, la inspiración de presentarme en casa de la Marquesa, á quien no hallé; mas quiso la Divina Providencia que un criado, conocido mío desde la famosa noche de la representación, me saliera al encuentro, y después de mostrarse muy obsequioso, satisficiera mi curiosidad sobre aquel punto. Según me dijo, el mismo día 3 de Mayo se presentó allí un hombre de antiparras verdes, el cual conducía dentro de una litera á cierta joven llorosa y al parecer enferma. No encontrando á la señora, preguntó por su hermano, con el cual hubo de conferenciar más de dos horas. Despidióse al cabo, dejando á la madamita en la casa.

El hermano de la señora Marquesa, que no era otro que aquel festivo diplomático á quien conocimos en Octubre de 1807, partió el día 4 para Córdoba á unirse con su hermana y sobrina, y ¡cosa rara!—me dijo aquel curioso servidor,—se llevó consigo á la jovenzuela.

—¿De suerte que ahora están todos en Córdoba?—le pregunté.

—Sí, y según noticias, no piensan venir hasta que no se acaben estas cosas. Eso de la señorita que trajeron en la litera ha dado mucho que hablar á la servidumbre, y dice mi mujer... pero más vale callar. El hombre aquél de las antiparras verdes había estado ya algunos días aquí, y unas veces la señora Condesa, otras su tía, le recibían. Mal hombre parece.

—¿Y la joven no hizo resistencia cuando quisieron llevársela?

—Si parecía muerta, ¿qué resistencia podía hacer? Como que tuvimos que cargarla entre dos para ponerla en el coche...

Ignoro si esto que oí y puntualmente refiero llamará la atención de mis lectores; pero lo que sí les ha de causar sorpresa, ¡qué digo sorpresa! asombro grandísimo, es el saber que me atreví á desafiar las iras del licenciado Lobo, del mismo Lobo de marras, no vacilando en arriesgarlo todo por esclarecer lo que tan hondamente me inquietaba. No queriendo aparecer ni aun en sombra por la aborrecida calle de la Sal, busquéle allá por la alcaldía de Casa y Corte, donde con toda seguridad pensaba encontrarle, y al punto que me vió... No, no es verosímil, no lo van ustedes á creer. ¿Necesitaré jurarlo? Pues lo juro: juro que es la pura verdad. Pues bien: al pronto que me vió, echóme los brazos al cuello, demostrando gran interés por mi persona, y no sólo me pidió nuevas acerca de mi salud, sino que me rogó le contase algunos pormenores de mi fusilamiento y para él milagrosa resurrección.

Quedéme atónito, aunque no tranquilo, presumiendo que tan desusadas blanduras serían obra de su refinada astucia, y preparación de algún nuevo golpe contra mí; pero cuando le pregunté por el estado en que se hallaba el proceso célebre, respondiéndome que ya no se pensaba en tal cosa, porque como los franceses eran amigos del Príncipe de la Paz, no convenía molestar á los servidores y amigos de éste.

—No quiero—añadió,—que Su Alteza el Gran Duque se amosque. Aquello fué una broma, y de haberte prendido, al punto hubieras sido puesto en libertad. Pero dí, picarón... ¿cómo que tú eras galán de Doña Inés? Cuéntame todo: ¿dónde la conociste? ¡Ah, bien comprendía Requejo que guardaba un tesoro en su casal! Yo lo sabía todo... ¿y tú? sospecho que también, perillán. Pero no sabías que á fines del mes de Abril se acordó en consejo de familia recoger ó identificar á esa jovencita para darle la posición que le corresponde. Como yo estaba al tanto de todo, y además tenía el honor de conocer á la señora Marquesa, comprometíme á entregarla, haciéndoles creer que había grandes dificultades para arrancarla del poder de los parientes de su supuesta madre. Hijo, es preciso hacer algo por la vida: considera que es uno un pobre con mujer, nueve hijos, dos suegras y tres cuñadas; dos suegras, sí señor, la madre y la abuela de mi mujer, y si uno no se da maña para mantener á este familión... La verdad es que á todos les dí cordelejo: á D. Mauro, al papa-

natas de Juan de Dios, y á tí mismo, que ahora resucitas para pedirme á Inés. ¿Pero la amabas tú? Anda, zanguango, cortéjale, á ver si logras casarte con ella, lo cual, aunque difícil, no es imposible... la niña tendrá una dote regular y quizás pueda heredar el mayorazgo y título, lo cual será, según el tenor de las escrituras... ¡Ah, pelafustan! Me parece que tú traes un proyectillo entre ceja y ceja. ¿Vas á Córdoba? Oye: recuerdo que la palomita te llamaba con exclamaciones muy tiernas, cuando medio muerta la conducíamos en la litera mi pasante y yo. ¡Ja, ja, ja! ¿Sabes de qué me río? De ese ganso de Juan de Dios, que estuvo aquí el otro día, y poniéndose de rodillas delante de mí, me dijo: «¡Deme usted á Inés, porque me muero sin ella! ¡Démela usted hoy y máteme mañana!» Fué una comedia, Gabriel, y aunque nos reímos mucho, al fin nos cansó tanto que tuvimos que echarle á palos de la escribanía.

Atención sostenida presté yo á éstas y otras muchas razones del licenciado Lobo, el cual, para que nada faltara en su inexplicable benignidad y cortesanía, al tiempo de despedirme díjome que quizás pudiera proporcionarme algunas lecciones de latín, si me hallaba con ánimos, puesto que era tan gran humanista, de ganarme el pan con la enseñanza. Díle las gracias, y tan satisfecho me retiré del resultado de mis investigaciones, que el mismo día decidí marchar á Córdoba cuando estuviera restablecido.

¿Me seguirán ustedes, ó fatigados de estas

aventuras dejarán que marche solo á resolver cuestiones que á nadie interesan más que al que esto escribe? No: espero que no nos separaremos tan á deshora, y cuando parece probable que, siguiéndome, asistan ustedes á algún espectáculo que les haga más llevadero el fastidio de mis personales narraciones. Vamos, pues, y tengan en cuenta que nos acompaña el Sr. de Santoreaz, á quien llevan al país andaluz asuntos de familia. Yo le manifesté que deseaba me llevase como escudero; mas él dijo que no tenía con qué pagar mis servicios, porque su bolsa no estaba en disposición de atender á gastos de servidumbre, y que haría se congratularía de llevarme como compañero y amigo. Así fué, en efecto; y como yo necesitara algunos días más de restablecimiento, él me esperó, y en uno de los últimos de Mayo ó de los primeros de Junio, luego que me despedí de mis obsequiosos protectores, correspondiéndoles como pude, y de Juan de Dios, á quien oculté el objeto de mi expedición, nos pusimos en marcha.

VI

Como Santoreaz era pobre, y yo más pobre todavía, nuestro viaje fué tan irregular, cual los que en antiguas novelas vemos descritos. No adoptamos sistemáticamente ninguna de las clases de incómodos vehículos conocidos en

nuestra España; en varias ocasiones anduvimos en galera, otras en macho, si nos franqueaban sus caballerías los arrieros que tornaban á la Mancha de vacío, y las más veces á pie. Hacíamos noche en las posadas y ventas del camino, donde Santoreaz lucía su prodigiosa habilidad en el no gastar, logrando siempre que se le sirviese bien. Para éstas y otras picardías, mi compañero se hacía pasar por un insigne personaje, mandándome que le llamase Excelencia y que me descubriese ante él siempre que nos mirara el mesonero. Yo lo cumplía puntualmente; y con tal artificio, más de una vez, además de no cobrarnos nada, salían á despedirnos humildemente, rogándonos que les dispensáramos el mal servicio.

Más allá de Noblejas y Villarrubia de Santiago, y cuando después de una larga jornada sesteábamos, apartados del camino, junto á la ermita del *Santo Niño*, se nos agregó un mozo que nos dijo llevaba el mismo camino que nosotros, y que desde entonces fué nuestro inseparable compañero. Tenía como veinte años, llamábase Andresillo Marijuán, y aunque era natural de Aragón, iba á servir de mozo de mulas á un pueblo de Andalucía, en casa de la condesa de Rumbler, su ama y señora, pues en las fincas que ésta poseía en tierra de Almunia de Doña Godina había nacido aquel mancebo. Al punto su genio franco y alegre simpatizó con el mío, y nos hicimos muy amigos. Santoreaz nos trataba con superioridad, aunque sin tiranía. Cuando al llegar á una posada, cabalgando él en perverso macho y

nosotros á pie, íbamos á tenerle el estribo y después á quitarle las espuelas, deshaciéndonos en cumplidos y cortesías, teníamos que apretar los dientes para no soltar la risa. Marijuán, que mejor que yo sabía fingir, era el encargado de ordenar al ventero que le diese al amo lo mejor de la despensa, porque Su Excelencia, que iba de Regente á Sevilla, era hombre terrible, y castigaba con fiereza á los posaderos que no le servían bien.

Así atravesamos la Mancha, triste y solitario país, donde el sol está en su reino y el hombre parece obra exclusiva del sol y del polvo; país entre todos famoso desde que el mundo entero ha acostumbrado á suponer la inmensidad de sus llanuras recorrida por el caballo de Don Quijote. En opinión general es la Mancha la más fea y la menos pintoresca de todas las tierras conocidas, y el viajero que viene hoy de la costa de Levante ó de Andalucía, se aburre junto al ventanillo del vagón, anhelando que se acabe pronto aquella desnuda estepa, que como inmóvil y estancado mar de tierra, no ofrece á sus ojos accidente, ni sorpresa, ni variedad, ni recreo alguno. Esto es lo cierto: la Mancha, si alguna belleza tiene, es la belleza de su conjunto, su propia desnudez y monotonía, que, si no distraen ni suspenden la imaginación, la dejan libre, dándole espacio y luz donde se precipite sin tropiezo alguno. La grandeza del pensamiento de D. Quijote no se comprende sino en la grandeza de la Mancha. En un país montuoso, fresco, verde, poblado de agradables sombras, con lin-

das casas, huertos floridos, luz templada y ambiente espeso, D. Quijote no hubiera podido existir, y habría muerto en flor, tras la primera salida, sin asombrar al mundo con las grandes hazañas de la segunda.

D. Quijote necesitaba aquel horizonte, aquel suelo sin caminos, y que, sin embargo, todo él es camino; aquella tierra sin direcciones, pues por ella se va á todas partes, sin ir determinadamente á ninguna; tierras surcadas por las veredas del acaso, de la aventura, y donde todo cuanto pase ha de parecer obra de la casualidad ó de los genios de la fábula; necesitaba de aquel sol que derrite los sesos y hace á los cuerdos locos; aquel campo sin fin, donde se levanta el polvo de imaginarias batallas, produciendo, al transparentar de la luz, visiones de ejércitos de gigantes, de torres, de castillos; necesitaba aquella escasez de ciudades, que hace más rara y extraordinaria la presencia de un hombre ó de un animal; necesitaba aquel silencio cuando hay calma, y aquel desaforado rugir de los vientos cuando hay tempestad; calma y ruido que son igualmente tristes y extienden su tristeza á todo lo que pasa, de modo que si se encuentra un sér humano en aquellas soledades, al punto se le tiene por un desgraciado, un afligido, un menesteroso, un agraviado que anda buscando quien le ampare contra los opresores y tiranos; necesitaba, repito, aquella total ausencia de obras humanas que representen el positivismo, el sentido práctico, cortapisas de la imaginación, que la detendrían en su insen-

sato vuelo; necesitaba, en fin, que el hombre no pusiera en aquellos campos más muestras de su industria y de su ciencia que los patriarcales molinos de viento, á los cuales sólo el lenguaje faltaría para ser colosos, inquietos y furibundos, que desde lejos llaman y espantan al viajero con sus gestos amenazadores.

VII

Así es la Mancha. Al atravesarla no podía menos de acordarme de D. Quijote, cuya lectura estaba fresca en mi imaginación. Durante nuestras jornadas nos aburríamos bastante, menos cuando Santoreaz nos contaba algún extraordinario suceso de los que en lejanos países había presenciado. Una vez nos dejó con la boca abierta contándonos la fiesta de la coronación de Bonaparte, con todos sus pelos y señales, y otra vez nos puso los cabellos de punta refiriendo la más famosa batalla de las muchas en que se había encontrado. Cuando lo contaba íbamos caballeros en sendos machos que nos facilitaron por poco dinero unos arrieros de Villarta, y no estoy seguro de si habíamos traspasado ya el término de Puerto Lápiche ó íbamos á entrar en él. Lo que sí recuerdo es que por huir del calor emprendimos nuestra jornada mucho antes de la salida del sol, y que la noche estaba brumosa,

el cielo encapotado y sombrío, la tierra húmeda á consecuencia del fuerte temporal de agua que descargara el día anterior.

Debo indicar el paisaje que teníamos delante, porque no menos que la pintoresca relación de Santoreaz, contribuyó aquél á impresionar mis sentidos. El camino seguía en línea recta ante nosotros; á la izquierda elevábanse unos cerros cuyas suaves ondulaciones se perdían en el horizonte formando dilatadas curvas; en el fondo y muy lejos se alcanzaba á ver una colina más alta, en cuya falda parecían distinguirse las casas de un pueblo; á la derecha el suelo se extendía completamente llano, y en su inmensa costra la tarda corriente de un arroyo y el agua de la lluvia formaban multitud de pequeños charcos, cuyas superficies, iluminadas por la luna, ofrecían á la vista la engañosa perspectiva de una gran ciénaga ó pantano. He hablado de la luna, y debo añadir que aquel astro, desfigurador de las cosas de la tierra, prestaba imponente solemnidad al desnudo y solitario paisaje, esclareciéndolo ó dejándolo á oscuras alternativamente, según que daban paso ó no á sus pálidos rayos los boquetes, desgarrones y acribilladuras de las nubes.

Santoreaz, después de un rato de silencio y meditación, contuvo su cabalgadura, paróse en mitad del camino, y contemplando con cierto arrobamiento el horizonte lejano, las colinas de la izquierda y los charcos de la derecha, habló así:

— Estoy asombrado, porque nunca he visto